

CAPÍTULO IX.

PRUEBAS DE LA INMATERIALIDAD, DE LA SIMPLICIDAD, Ó DE LA
ESPIRITUALIDAD DEL ALMA HUMANA.

HEMOS prometido establecer la inmaterialidad del alma por un número de pruebas sólidas, y ciertamente que no nos faltan: perteneciendo la doctrina que combatimos á la filosofía, ó mas bien al Filosofismo ¹ de Hobbe, de Spinoso, y de sus discípulos Diderot, Helvécio, Lametrie, etc., escogerémos argumentos fundamentales que puedan igualmente servir contra estos sofistas.

§ I.

Entre la materia y el pensamiento hay igual distancia que de la materia á la nada.

La materia es esencialmente compuesta; el pensamiento es esencialmente simple: el pensamiento no puede pues ser el efecto de la materia, porque lo que hay en un efecto debe encontrarse en su causa; lo que es simple y no compuesto no puede encontrarse en lo que es compuesto, como el sí en el no, ó la luz en las tinieblas.

Los mismos materialistas confiesan la composicion de la materia. Uno de los mas fogosos entre ellos dice: «Cuando decimos que los átomos son entes simples, queremos significar que son puros y sin mezcla, pero no obstante que tienen extension, y

¹ Esta palabra *filosofismo* es precisamente el opuesto de filosofía. Las dos de origen griego, significan, este amor de la sabiduría, amor de lo verdadero; aquella amor del sofismo, amor de lo falso. Como en el combate que han dado los filosofistas á las creencias del género humano hay de su parte no solo error y falsedad, sino tambien amor de lo falso y amor del mal, ha sido necesario para evitar la equivocacion el adoptar este término técnico.

«por consiguiente partes separables por el pensamiento, aunque ningún agente las pueda separar ¹.»

«La extension es una propiedad esencial de la materia. Una materia inextendida presenta una contradiccion en los términos. Las partículas mas exiguas del cuerpo son necesariamente compuestas. Imaginaos, si lo podeis, una reunion de sustancias inextendidas, y jamás formaréis de ellas una sustancia extendida: el todo no puede tener diferente naturaleza que las partes: estas no pueden dar al todo que componen una propiedad de que carecen. La inextension no puede ser elemento de extension. Toda sustancia material tiene extension, tiene partes; luego es compuesta.

«No solo toda materia es extendida por su naturaleza, sino que todas sus propiedades participan de su extension; todas suponen partes, todas son divisibles, todas son susceptibles de mas ó de menos. La grandeza, la solidez, la configuracion, la situacion, el movimiento y los demás atributos que conocemos no pueden existir sino en una sustancia compuesta y extendida; todas las modificaciones del ser material no son sino modificaciones de sus diversas partes.

«En segundo lugar, el pensamiento es una cosa esencial y absolutamente simple, y basta exponer esta proposicion para que se sienta su verdad. No pienso que haya aun existido ningún materialista bastante atrevido para decir la mitad ó el cuarto de una negacion ó de una afirmacion, una pulgada ó un pié de percepcion, el lado derecho ó el lado izquierdo de un deseo ².»

Resulta, pues, que el pensamiento no puede ser efecto de la materia: me abstengo de mas amplios detalles sobre un punto tan evidente y de puro sentido comun. Por otra parte los materialistas modernos convienen todos en que la materia inorgánica es incapaz de pensamiento y de sentimiento. No traeré aquí todos los argumentos escolásticos por los que se prueba invenciblemente que por su naturaleza la materia no es capaz de pensar, ni de sentir: me contentaré con una sola cita del Sr. Frayssinous.

¹ *Sistema de la naturaleza*, tomo I, cap. VII.

² *Disertacion sobre la espiritualidad del alma*, por el Sr. La Luzerne, página 43.

«Nada mas sencillo ni mas luminoso que el siguiente principio: cuando dos cosas tienen definiciones, propiedades y efectos contrarios, de suerte que de lo que de la una se afirma deba negarse de la otra, decimos que estas dos cosas difieren en especie y en naturaleza. Por esta única regla se distinguen los objetos. Si preguntunto por qué una piedra no es un árbol, por qué el agua no es fuego; no se me puede dar otra razón sino la de que sus ideas, sus definiciones, sus propiedades y sus efectos son enteramente diferentes. Recorramos las calidades mas comunes y mas constantes de la materia; veamos sino están en oposición con el pensamiento, y si es así, concluyamos, que lo que piensa no es materia. Entremos en este exámen.

«La materia es extendida, compuesta de partes colocadas las unas fuera de las otras; luego ¿quién no piensa y siente que el pensamiento es simple y sin partes distintas? Los objetos corpóreos del pensamiento pueden muy bien ser de volumen y de gran-
«dor desigual; pero la percepción que se tiene de ellos no se mide por sus dimensiones. El pensamiento del sol no es mas largo ni mas ancho que el de una flor. ¿Quién es el que no se reiría al oír hablar de pensamientos de una línea de largo y del espesor ó grueso de una pulgada?...

«La materia es figurada; tiene forma y colores; ahora, ¿qué figura le daremos al pensamiento? ¿Es redondo ó cuadrado, cúbico ó triangular? El pensamiento ¿es de color azul celeste, ó rojo escarlata? Que se pregunte al aldeano mas sencillo, si sus pensamientos son verdes como sus prados, ó cuadrados como su casa; esta pregunta le parecerá ridícula é impertinente, creará que se burlan de su ignorancia; tanto repugna al sentido comun esta pregunta.

«La materia es divisible: puede ser distribuida en partes distintas las unas de las otras; el pensamiento, por el contrario, es indivisible, ó es entero ó no existe: es inaudito que pueda tomarse la mitad, el tercio ó el cuarto del pensamiento...

«No se diga que no se sabe si Dios con su omnipotencia no podría hacer emanar el pensamiento de una sustancia material. No es poner límites á la Omnipotencia el decir que no puede hacer lo que implica contradicción; sería insultar á su sabiduría el creer-

«la capaz de formar un designio absurdo. Así no puede hacer el Todopoderoso que haya dejado de ser lo que ha sido, que un cuadrado sea circular, ó que un círculo sea cuadrado. El pensamiento y la extensión son de un género opuesto, como el sonido y los colores; no se puede dar color al sonido de una trompeta, ni hacer sonoro el perfume de una flor; del mismo modo lo material y lo inmaterial, la extensión y la inextensión, no pueden identificarse en una misma cosa. Un ser no existe sin sus calidades esenciales, ni con calidades que necesariamente se excluyen: si es extendido está privado de pensamiento; si recibe el pensamiento pierde la extensión. Tales son las nociones que la sana razón nos da, y si fuese permitido abandonarlas por hipótesis quiméricas, el partido mas prudente sería dudar de todo; sin embargo, este partido sería el colmo de la locura humana.» (Véase la excelente Conferencia sobre la espiritualidad del alma, por el Sr. Frayssinous ¹).

§ II.

El recurso grande, ó mas bien el único, de los materialistas de nuestra época, consiste en decir que no se debe confundir la materia bruta, pasiva, inerte ó inorgánica con la materia organizada. Recurren á la organización como á sus últimas trincheras; y este es el fuerte que creen inexpugnable.

Ya hemos dicho que nuestros adversarios nos conceden que la materia inorgánica es incapaz de pensar y de sentir. Es, pues, de la materia organizada que sacan los materialistas su grande y formidable argumento. Veamos cómo resistirán á un ataque algo regular.

Nada hay en la organización que no provenga de lo que la compone, excepto ciertas calidades accidentales, como la forma, el orden y el arreglo simétrico de los órganos: estos son nuevos modos, nuevas relaciones entre las sustancias materiales, mas nunca pasa de ser materia extendida, figurada y divisible. Para que el pensamiento pueda resultar de las diversas combinaciones de la

¹ Defensa del Cristianismo, ó conferencias sobre la Religión, tomo I, página 193.

materia organizada, sería necesario que bajo el dominio de las leyes orgánicas ó de la fuerza vital, pudiese la materia llegar á ser capaz de experimentar la sensacion, y de crear el pensamiento. Ahora es imposible que la aptitud de pensar se halle en lo que es extendido, figurado y divisible; esto sería lo extendido con lo inextendido, lo compuesto y lo incompuesto en una misma cosa; esto es incompatible, contradictorio y absurdo; otro tanto valdría el decir que el color puede ser sonoro en ciertas circunstancias, y que pueden pintarse los sonidos de un instrumento de música: aquí podríamos detenernos limitándonos á estas pruebas, y á las cuales nada se puede oponer: no obstante continuaremos.

Es, pues, constante que la organizacion humana por sí misma es incapaz de pensamiento, y con mayor razon todavía debe serlo la de los animales: por lo que hace á la materia vegetal, no pienso que los materialistas se atreyan á atribuirle el pensamiento; sin embargo la organizacion vegetal en algunas especies de plantas está dotada de una gran potencia de elaboracion, pues que nos da productos que superan en actividad tóxica á todos los del reino animal. ¿Por qué, pues, no se encontrarían en seres tan perfectamente organizados algunas huellas de pensamiento, pues que segun los materialistas, la organizacion es la razon y la condicion única del pensamiento? Si admiten el pensamiento en los animales, será forzoso dar ó atribuir una porcion de aquel á los zoófitos.

Podríamos concederles que la materia organizada es capaz de experimentar sensacion, y que hasta puede pensar. Hay mas; aun cuando se atribuyesen estas facultades, no solamente á la organizacion humana, sino tambien á la de los animales, á la de los vegetales, á la materia inorgánica cristalizable, que sometida á leyes especiales, parece asimilarse á organizacion por sus formas regulares, y finalmente á la materia bruta é inorgánica; cuando concediésemos todo esto, decimos, los materialistas no estarían por ello mas adelantados para poder explicar el conjunto de las funciones intelectuales, ó la razon humana; porque bajo la relacion de la organizacion elemental, no hacemos diferencia entre la humilde planta ó la legumbre innoble que crece en nuestros huertos, y el cerebro vasto de un hombre de un gran genio;

el análisis químico nos demuestra que uno y otro están compuestos de los mismos elementos constitutivos, á saber: el oxígeno, el hidrógeno, el carbonato y el ázoe. Así, se puede decir que el cerebro de Newton ó de Bossuet está compuesto en último análisis de los elementos mismos que una cabeza de... col, es decir, de oxígeno, de hidrógeno, de carbonato y de ázoe.

Concedemos, pues, por un momento que la materia organizada siente y piensa; pero siempre será imposible á la organizacion, al cerebro, el experimentar muchas sensaciones á la vez. Reasumamos lo que hemos sentado en otra parte.

Los órganos de los sentidos son diferentes; por los ojos se ven los colores, se oyen los sonidos por los oídos, etc. Cada sensacion de estos es diferente de la otra, y todas entre sí son mas diversas que los órganos que forman su canal; todas se reúnen, sin embargo, en un mismo individuo que las compara y las distingue reuniéndolas. Yo puedo á un mismo tiempo oír un concierto, ver un hermoso jardín, comer sus frutas, sentir el olor de las flores, y tener frio ó calor; puedo comparar estas diversas sensaciones, preferir una á la otra, juzgar agradable ésta, é incómoda aquella; pero es claro que esto no me es posible, sino en tanto que estas impresiones son recibidas en un objeto indivisible muy diferente de la materia, sin lo cual cada sensacion iria á parar á un punto particular, y sería tan imposible hacer la comparacion y juzgar por ella, como imposible es al ojo el juzgar de los sonidos, y al oído juzgar de los colores.

Todos los ideólogos materialistas y espiritualistas convienen en un punto, que es la necesidad de un centro único de percepcion; porque sin esta unidad de principio sintiente y percibiente no puede haber juicio ni comparacion. Segun los espiritualistas, este centro es simple é inmaterial; en la opinion de los materialistas es material y compuesto. Es cierto que un centro material, extendido, compuesto de partes, no puede ser un verdadero punto céntrico por ser divisible y compuesto de partes juxta-puestas, y porque estas partes en sí mismas tambien son divisibles, y así en seguida; luego es imposible que la materia pueda tener un centro único de percepcion, condicion indispensable de las operaciones intelectuales, la comparacion y el juicio. Hay, pues, por necesidad

en el sistema de los materialistas pluralidad de centros que sienten y perciben, y de consiguiente, nulidad de las funciones intelectuales, como el juicio y la comparacion.

Hé aquí ahora las cosas bajo una forma algebraica, y tal vez mas demostrativa para algunos.

Si es el cerebro el que experimenta la sensacion, es preciso que sea en alguna parte, porque es compuesto. En A sentirá la impresion de la vista, en B la del oido, y en C la del olfato, etc. Por aproximados que se hallen estos tres puntos, no dejan de ser distintos; son tres puntos siempre. ¿Cómo conciliar esta pluralidad de sensaciones simultáneas y diferentes con la unidad de un principio sintiente, pero compuesto y material? ¿Dónde encontrar este principio? Cada uno de estos tres puntos materiales no puede sentir sino su sensacion respectiva, y nada mas; el punto A no siente lo que los puntos B y C, y lo mismo estos últimos. ¿Cómo se hará, pues, la comparacion y el juicio? Porque para comparar y juzgar es necesario conocer, es necesario un *Comparador* y un juez único, y esto es reconocido imposible en la especie. Luego un centro material percibiendo al mismo tiempo muchas sensaciones en el mismo punto es cosa imposible y repugna á la razon.

Mas admitamos por un momento, como posible, un centro material fisico, anatómico. En este caso las impresiones simultáneas, pero opuestas, como del frio y del calor, no podrán ser distinguidas, ni comparadas, ni juzgadas por el *yo* material; se confundirán por necesidad, y se neutralizarán recíprocamente. Efectivamente, dos impresiones contrarias que van á parar á un punto material del cerebro no son en último análisis mas que movimientos; porque las impresiones hechas sobre los órganos no pueden ser sino vibraciones, dilataciones, mudanzas de partes materiales, en una palabra, movimientos ó modificaciones de la materia. Son, pues, dos movimientos contrarios que van á confundirse y á neutralizarse en un cuerpo ó en un punto material. ¿Qué resulta? Nada. Imprimid dos movimientos iguales, pero en sentido opuesto, á un cuerpo inmóvil, ¿qué conseguiréis? El equilibrio, el reposo, nada. Dos impresiones contrarias, parando á un punto material, producen, pues, equilibrio de sensacion, es de-

cir, sensacion nula. Luego no hay mas que un principio simple, inmaterial, inextendido, indivisible, en una palabra, espiritual é inteligente, que pueda percibir limpia, distintamente y sin confusion impresiones contrarias, y por consiguiente, que pueda compararlas y juzgarlas; luego el centro único de percepcion de los materialistas es cosa imposible, un ente de razon, una quimera.

§ III.

Prueba el Sr. de Bonald la espiritualidad del alma con el solo hecho del suicidio, fruto demasiado comun de estas teorías materialistas tan desconsoladoras como absurdas. Segun este autor ilustre y el mismo buen sentido, no es el organismo la causa del suicidio. En los agentes físicos del cuerpo humano todo tiende á la conservacion; hay evidentemente mas que simples resortes allí donde todos los resortes se despedazan voluntariamente; hay, pues, en nosotros otra cosa que órganos físicos, pues que todo el fisico del hombre puede ser sacrificado libremente.

«Si el hombre todo entero, dice el Sr. de Bonald, no es sino una «organizacion material, si no es en todo mas que un ser y un solo «ser, le es imposible el querer dejar de ser, atentar él mismo á «su ser, y no temo decir que en esta hipótesis, no solamente el «suicidio, sino la pérdida voluntaria de un solo órgano, seria un «acto imposible á nuestra organizacion.»

Podria robustecerse este argumento con todas las victorias frecuentes sobre el temperamento y las pasiones. ¡Desgraciado del que en sí mismo no encuentra esta prueba honorífica ó este glorioso testimonio de su superioridad sobre el organismo!

Á pesar de la corrupcion de las costumbres actuales, se ven aun en honor de la humanidad, de estas almas nobles y generosas acostumbradas á triunfar, cuando el deber lo exige, de todas las inclinaciones y de todas las repugnancias de la naturaleza: mil experiencias nos desmienten diariamente este axioma del Materialismo: *Que las costumbres siguen el temperamento*. Se le podria contestar con tantos hombres inclinados vivamente á la cólera, hechos modelos de amenidad y de dulzura; la mas imperiosa inclinacion á los placeres reemplazada, en el vigor de la edad y

de las pasiones, por el amor de la virtud llevado hasta al heroísmo. ¿Es, pues, un autómeta, tan perfectamente organizado como se le quiera suponer, que pueda mostrarse voluntario y libre hasta este punto?

«Para domar al cuerpo, dice el Sr. Virey, se necesita una causa superior al cuerpo. Cabanis y los otros modernos fisiólogos de la escuela actual quieren que el sistema cerebral reaccione por su influencia sobre nuestros órganos internos, hasta para desnaturalizarles sus funciones; pero ¿quién le hace obrar en un sentido tan contrario á sus atribuciones naturales? ¿Cómo un bofetón aplicado á la mejilla de Epicteto no producirá ninguna emoción en este seso estóico, al paso que á la mejilla del mas pequeño espadachín este bofetón excitará un furor que no podrá apaciguarse sino con la sangre vertida en un duelo? Ciertamente que es forzoso que una fuerza superior contenga al primero para que no venga este insulto, mientras que en el segundo la fuerza natural del sentimiento se rebela contra el ultraje, y se manifiesta de repente. Si hay poder para resistir á la sensibilidad, á la contractibilidad, no son, pues, estas propiedades vitales las que se niegan contra su propia esencia á obrar cuando se las estimula; luego hay en nosotros una fuerza que puede combatir los impulsos de los órganos: así reina una ley en los miembros, y otra en el espíritu. Por esta vuelve Régulo á Cartago, cierto de morir allí en un suplicio, y se presentan á la muerte con frente serena tantos hombres generosos.

«Que se hagan despues, en vista de esto, jugar las fibras del cerebro por no sabemos qué potencias, y se verá aquí siempre una fuerza directamente opuesta á las leyes de sensibilidad y de contractibilidad animales ú orgánicas. Cuando Mutius Scevola hundia su mano en un brasero ardiente delante de Porsenna, ciertamente que la contractibilidad debió ser bastante violentamente excitada, así como la sensibilidad, y no obstante no retiró el héroe su brazo: *Facere et pati fortia romanum est*. Entusiasmo, fanatismo, orgullo, exclamaréis; pero ¿no es menester un alma fuerte y elevada para hacer tamaños sacrificios? y ¿cómo me probaréis que estas acciones derivan de la sensibilidad física, mientras que, al contrario, la conmueven tan dolorosamente

«te? Un médico no se expondría jamás con gusto á asistir á los apesados; huiría como Galeno si no fuese sostenido por algun valor noble de la humanidad, y mas de una vez esta audacia intrépida se hizo, por decirlo así, respetar del contagio. Todo esto ¿no prueba que existe en nosotros un principio superior á la materia, que nos ennoblece, nos eleva y nos fortifica contra los males de la tierra?

«Quiero que sea la excitación del sistema nervioso cerebral la que llene este acrecentamiento de energía; pero ¿de dónde sale este impulso extraordinario del sistema? ¿Cómo una simple idea de gloria, que nada tiene de corpóreo, va á imprimir este vigor sublime al cuerpo de un aldeano para elevarle de repente al rango de un héroe entre los fuegos de una batalla? ¿Qué ceguera el no reconocer en nosotros un principio que nos eleva ó que nos abate, que hiere la imaginación tan pronto de un modo horroroso, y tan pronto la anima con un valor brillante, ante el cual no hay ya dolores! Este principio tan dueño de nosotros, que juega con nuestro cuerpo, que tanto le atormenta y que le transforma segun su capricho, no es el cuerpo mismo.»

Otra prueba aun, que parece de la última evidencia: No puede haber lucha sino entre elementos diferentes; así, si en el hombre no hubiese dualidad, si no fuese sino un puro resultado de la organización, jamás podria formar juicios contrarios á las impresiones que los órganos le transmiten; porque ¿dónde tomaria nociones opuestas á las nociones transmitidas y recibidas por el organismo? Cuando el agua tuerce un palo, mi razón le endereza, dice un poeta. Pero, como dice el Sr. Bonald, ¿podria la organización juzgar derecho lo que los mismos órganos ven torcido, en movimiento lo que ven fijo, próximo lo que está distante, y grande lo que ven pequeño?... Para el hombre considerado así todo seria verdad, nada seria error é ilusion; todo realidad, nada apariencias, pues que no tendria medio alguno ni en él ni fuera de él para distinguir la ilusion de la verdad, la realidad de las apariencias.» Y es de hecho que nuestros sentidos nos engañan con frecuencia, y que poseemos la facultad de corregir sus errores. Limitémonos á un ejemplo tan fuerte como incontestable: Á no consultar mas que nuestros órganos, el sol da-

ria vuelta al rededor del globo; y nadie conoce ya tan poco la astronomía que no esté persuadido de lo contrario; y ha sido solamente el raciocinio ó la induccion lo que ha desmentido á nuestros sentidos, demostrando la proposicion inversa. Luego existe en nosotros un principio esencialmente diferente del organismo, pues que le contradice tan formalmente haciéndonos conocer precisamente lo opuesto de lo que nuestros sentidos nos muestran tan imperiosamente.

Esta prueba tan importante no se le habia escapado al genio de Bossuet en su *Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo*. «Las ilusiones de los sentidos, dice, muestran bastante que necesitan ser rectificadas, y que hay otra facultad que nos enseña la verdad, y por la que discernimos la falsedad; y esta facultad es el entendimiento¹.»

Los limites que nos hemos prescrito nos obligan á pasar en silencio otros muchos y no menos sólidos argumentos; los expuestos son mas que suficientes para convencer á todo el que busque la verdad. Si quedase alguna duda en los espíritus, digo mas, si la balanza estuviese igual entre las dos teorías, para hacerla caer de parte de los espiritualistas, no seria menester mas que el peso inmenso del sentido comun, y el del consentimiento unánime del género humano.

El mas grande genio de la antigua Roma, Ciceron, miraba este asentimiento general á las verdades fundamentales de la moral como la prueba mas sensible y decisiva de estas mismas verdades. Nada hay mas universalmente proclamado en todos los pueblos, que esta creencia inmemorial de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma. ¿No es acaso sobre esta creencia que fueron fundados primitivamente los dogmas de todas las religiones, las leyes de todas las sociedades, y las relaciones mútuas de los hombres? En donde no hay mas que cuerpos no hay re-

¹ En todas estas ilusiones de los sentidos, que disipa al momento la razon, hay evidentemente comparacion, juicio y conclusion, es decir, diversas operaciones intelectuales, que son por necesidad el fruto de un principio simple é inteligente, y no de los sentidos y del organismo, como lo hemos probado mas arriba.

² Véanse las *Reflexiones filosóficas*, del Sr. Bonald.

ligion, moral, ni sociedad posibles. Luego, pues, el Materialismo es eminentemente antisocial, y no tiende á nada menos que á romper todos los vínculos que unen á los hombres.

¡Ojalá que los partidarios de esta doctrina desoladora abran una vez los ojos sobre sus desastrosas consecuencias! que escuchen, no á un teólogo, ni á un Padre de la Iglesia, sino á una mujer filósofa: «La inmortalidad del alma y el sentimiento del deber, dice madama Staël, son suposiciones del todo gratuitas en el sistema que funda todas nuestras ideas sobre nuestras sensaciones... Si los objetos exteriores son los que han formado nuestra conciencia, desde la nodriza que nos recibió en sus brazos hasta los actos últimos de una avanzada edad, todas las impresiones se encadenan de tal modo una con otra, que no es posible de ningun modo acusar la pretendida ó supuesta voluntad, la que no es sino una fatalidad mas.»